



*a*  
PROTEGIDA

DANIELA GESQUI

*Ella es una prisionera que acababa de fugarse.  
Él, un abogado defensor de causas nobles y justas.  
Se conocieron por accidente.  
Se enamoraron perdidamente.*

June Sorensen es una convicta que acaba de escapar de la prisión de Alderson, Virginia. Tras un accidente en el que casi pierde la vida, sus planes cambiarán por completo. En un sitio desconocido y herida, no sabe qué rumbo tomar. A la deriva, encuentra un bar en el cual conocerá a Christian Miller, un abogado de pobres y ausentes que desde un primer momento se verá atraído por esa joven intranquila y lastimada que apareció de la nada en ese sitio.

Aficionado a las causas nobles e injustas, él ve a June como una muchacha triste con un pasado oscuro que lucha por ser libre y que no cuenta con herramientas para hacerlo y no solo eso: la sentencia por el asesinato que recae sobre sus hombros estuvo teñida de corrupción y mala praxis. Aceptando el vínculo profesional, pretendiendo abrir aquella vieja causa que la condenaba, ambos emprenderán un camino repleto de obstáculos, pero también, de superación personal.

La relación se afianza y, por consiguiente, el amor surge como algo espontáneo e inesperado a lo que temen, pero están dispuestos a experimentar sin importar las consecuencias. Enfrentándose a la opinión pública, con el dolor de los terribles recuerdos vividos, June estará nuevamente ante el tribunal..., pero entonces, un terrible secreto es revelado a Christian, quien terminará apartándose de su la-

do y preguntándose si acaso todo no ha sido un terrible engaño.

¿Habrá un futuro para June y Christian?

## Índice de contenido

Cubierta

La protegida

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mis ángeles en el cielo que sé que me protegen y a mis ángeles en la tierra, los que me alientan día a día para seguir adelante con este sueño.*

*Todos somos hijos de las condiciones, el ambiente, de la educación, los hábitos adquiridos y la herencia, lo cual moldea a los hombres. Si la vida hubiese sido para nosotros igual que para nuestros enemigos, muy probablemente haríamos lo mismo que ellos.*

Abraham Lincoln

# Capítulo 1

## La fuga

Con temor y, al ser la última en salir, cubrió el hoyo arrastrando el retrete por las correas precisamente anudadas. Estudiado al dedillo, su plan las dejaría fuera de la prisión en menos de treinta minutos.

Eran cuatro las que habían soñado con huir dejando años y años de desesperanza en el olvido.

Con un barbijo que tapaba sus bocas y narices, se arrastraron con los brazos por el túnel cavado por incansables cinco meses hasta llegar a un sector destinado al estacionamiento vehicular de los empleados. La cámara de seguridad que registraba los movimientos estaba, casualmente, averiada desde hacía dos días.

El acceso a los planos de la prisión provisto por el prometido de Jessica, quien era personal de seguridad externo, la rotación de las guardiacárceles que en ese preciso horario se marchaban hacia los vestuarios para cambiarse y las habilidades de las mujeres para no levantar sospechas mientras hacían el gran canal de escape, fueron herramientas suficientes para soñar con la posibilidad de marcharse definitivamente.

Transpiradas, con algo de falta de oxígeno, sucias por la tierra adherida en todo su cuerpo y agotadas mental y físicamente por posponer el escape al menos en tres



oportunidades, salieron una tras otra tal como lo tenían previsto. Una camioneta blanca, con placa ficticia y cristales ahumados, había aparcado al lado de la tapa de hierro de uno de los ductos del desagüe.

Jessica Palmer, June Sorensen, Brooke McEntire y Linda Phillips se abrazaron con la adrenalina aún recorriéndoles el cuerpo, pero sin perder tiempo.

Trevor Dumney besó a su novia y rápidamente les alcanzó un bolso a cada una de ellas para que cambiaran sus ropas; al entrar al vehículo se taparon con unas gruesas mantas y se mantuvieron inmóviles. Aún faltaba traspasar el portón de egreso de la cárcel de Virginia.

Las cuatro rogaron que los compañeros de Dumney lo despidieran como siempre y no pensarán en requisar la camioneta. De no ser por él, nada hubiera sido posible; su plan era escapar a alguna isla del Pacífico con Jessica.

Según los cálculos faltaban quince minutos para la nueva ronda en la que notarían la ausencia de las convictas. Quince minutos para que su libertad comenzara a correr riesgos.

Sin levantar sospechas, volvieron a respirar cuando escucharon que los muchachos de la entrada bromearon con Dumney, dieron unas palmadas a las puertas traseras del vehículo y se despidieron hasta el día siguiente, como solían hacer.

A los pocos metros del penal, se destaparon para comenzar a gritar de la alegría, aunque eran plenamente conscientes que cantar victoria quedaba lejano ya que faltaba la segunda parte del plan: separarse lo antes posible y marcharse lejos del modo que sea.

Linda fue la primera en salir de la camioneta para tomar el tren en la estación de Alderson, el cual estaba entrando en la plataforma.

—Suerte, chicas, espero no verlas nunca más —saludó y todas comprendieron los alcances de sus palabras. Co-

rriendo velozmente, ella logró subir al tren diluyéndose entre un grupo de gente.

Luego fue el turno de Brooke, quien bajó minutos más tarde en Wolf Creed donde la esperaba un hombre en motocicleta al cual saludó con efusividad y con el que se perdió en la cerrada noche.

Kilómetros después, con Dumney siempre al volante, cambiaron de vehículo. El oficial empuñó una linterna para dar con un oscuro automóvil escondido bajo un árbol de gran porte y copa cubierto con ramas y hojas, en el que June y Jessica subieron con sus bolsos.

Lejos de la urbe continuaron por la carretera camino a Roanoke, donde June bajaría sin alguien que aguardara por ella. Con nuevos documentos en mano gracias a los contactos del oficial, la libertad se sentía cada vez más cercana.

Los besos entre Jessica y su pareja eran intensos y duraderos, lo que preocupaba a la ocupante trasera, quien temblaba como una hoja sin poder relajarse del todo. Hasta ese mismo día por la mañana, las dudas en torno a su escape no le darían tregua.

Hostigada por sus compañeras de los últimos cinco años, fue la última en aceptar ser parte del grupo y salir de la cárcel, sosteniendo que la sentencia que caía sobre sus hombros era justa y merecida.

Tras zigzaguear sobre el asfalto, Trevor Dumney volvió a tomar el mando del carro para ponerlo en el carril correspondiente. Melosos, descuidados, él y su pareja confiaban en que la carretera era solo suya. Persignándose en silencio, June se aferró a su bolso con ropa de convicta y algunas prendas que el novio de Jessica había reunido para ellas.

A estas alturas la policía ya estaría buscándolas e incluso, sometiendo a las compañeras del pabellón a declarar mediante maniobras poco amables.

Mordisqueando su uña, June pensó en tomar un bus e ir hacia lo de su hermana April apenas arribase a Roanoke, aunque sería ponerla en riesgo a ella y su familia, teniendo en cuenta las horas de viaje y los controles ruteros que podrían interceptarla.

¿Cómo estaría la pequeña Skylar? Pensar en la chiquilla la desoló.

Meneando la cabeza, pensó en lo mucho que deseaba poder ser feliz en esta etapa de su vida la cual parecía ver el sol después de tanta lluvia.

\* \* \*

Dormitando de a ratos, se despertó con la boca pastosa y algo de acidez en el estómago; era obvio, puesto que no había podido tocar bocado en el transcurso del día a causa de los interminables nervios.

Refregó sus ojos e intentó enfocar su vista hacia el próximo cartel, iluminado por la proyección de las luces del vehículo de Dumney. Estaban a pocos kilómetros de la región de Gap Mills, en West Virginia. El silencio y la oscuridad dominaban el espacio; la respiración pesada de su amiga era sinónimo de paz.

—Jessica me ha dicho que tienes una hermana en Baltimore. ¿Irás a su casa? —Por sobre la quietud, Dumney elevó su voz sobresaltando a June. El tipo tenía el aspecto de un verdadero policía: bigote oscuro y espeso, cabello corto y postura erguida. Su tono era algo autoritario, pero a ella poco le importaba: gracias a él estaba fuera del infierno carcelario y era quien se había jugado el pellejo para ayudar a las amigas de su novia.

—No lo tengo en claro. Para ella, morí hace muchos años.

Reduciendo la conversación a puntos suspensivos, fue su compañera de celda quien preguntó: «¿Dónde estamos?», casi en un susurro. Desperezándose, dio un ruido-

so bostezo y de buenas a primeras comenzó a acariciar la entrepierna de su novio sin importarle que no estaban a solas.

Al percibir la situación, June miró de lado encontrando un cielo nuboso y denso a través del cristal, incluso algunos refusiles se propagaron en el horizonte.

Las risitas escandalosas no se hicieron esperar. Un brusco movimiento los devolvió nuevamente a su carril y un «Cariño, pon atención» por parte de Jessica fue una señal de alerta. Al minuto, continuó haciéndoles impropias cosquillas al chofer quien se mostraba muy a gusto con la situación que, a June, la incomodaba y atemorizaba en partes iguales.

Rogando llegar lo antes posible al destino señalado, de primar esas condiciones climáticas, aún tenían por delante casi dos horas de viaje. De un bolsillo interno del bolso nuevo tomó sus relucientes documentos y los miró con una sonrisa desdibujada: Mandy Cullen era su nombre de fantasía, aquel que le daría el pase a su libertad absoluta.

¿Qué sueños concretaría en esta nueva vida?

Sintiéndose culpable, no se lo permitía ni pensar, castigándose mentalmente sin importar las causas que la habían llevado a cometer semejante delito.

Pasó saliva con la ironía como fiel reflejo de su actualidad...

Guardó su flamante identificación en el mismo sitio donde la encontró, colocó el bolso al lado del de su amiga y se cruzó de brazos dispuesta a dormir, aunque las risitas tontas de los enamorados le dificultasen la tarea. Con fortuna, de caer en las redes del sueño, se evitaría escuchar las palabras subidas de tono que se proporcionaban a escasos centímetros de su posición.

Tomando dos mantas, con una se cubrió la falda y con la otra hizo un bollo que puso contra la ventanilla a modo de almohada; acomodó su cabeza sobre la mullida pero

áspera superficie, cerró los ojos dispuesta a dormir sin imaginar que al cabo de unos pocos metros el chirrido violento de las llantas sobre el pavimento mojado e impredecible y el volante sin poder ser controlado por el chofer, los tuvo dando un trompo sobre el césped e impactando contra el tronco de un árbol que detuvo los tumbos del vehículo.

Para entonces, la suerte pareció echada y los gritos ensordecedores de su amiga, surcaron la noche oscura.

\* \* \*

Recuperando el aire, descomprimió su pecho. La tos seca, vital, expulsaba un gusto horrible a sangre acumulada en su boca. Le dolía terriblemente la cabeza y sin poder levantar los párpados con facilidad tanteó la puerta hasta encontrar la palanquilla de apertura.

Boqueando, para cuando le fue posible articular movimientos y descomprimir su pierna atrapada bajo el asiento delantero, desabrochó su cinturón de seguridad e impulsó sus piernas contra la chapa retorcida de su lado.

Apartando la manta de su cuerpo, repleta de pequeños trozos de cristal, intentó no cortarse más de lo previsto. Como le fue posible salió del automóvil, cayendo desplomada al piso; avanzó a gatas por el césped mojado, con el olor nauseabundo a combustible inundándole la nariz y un malestar horrible en las costillas.

Para cuando la noche se lo permitió, solo pudo reconocer el cuerpo del conductor entre los fierros de la parte delantera del vehículo. Se echó a llorar llevando las manos a la boca: él estaba muerto y ella acababa de salvar su vida de milagro.

Presa de un ataque de nervios, comenzó a gritar a pesar de que nadie la escucharía. En un acto reflejo quiso tocar la cabeza de Dumney por entre medio del cristal hecho trizas. Los ojos abiertos del sujeto, parecían continuar

mirándola fijo. Un hilo de sangre le corría por la comisura hacia la zona de la frente, puesto que las ruedas aun giraban en lo alto.

Instintivamente continuó arrastrándose por la superficie mullida, donde comenzaron a formarse algunos charcos y pasó por delante del coche, esquivando chatarra y los faroles colgando. Quería ver a Jess, a su compañera y amiga.

Al notar que continuaba viva quiso ayudarla a como diera lugar. Para entonces, la morena, sentada adelante, escupió sangre con poca fuerza; apenas movía el cuello, también atrapada en la masa de fierros.

June forcejeó con la manija de la puerta del acompañante, sin éxito. Rehundida hacia el interior, aplastaba el cuerpo de Jessica, sin dejarla escapar. Lloriqueando, adolorida en cuerpo y espíritu, perdía fuerzas, vigor, conforme pasaban los segundos. En el piso, intentó patearla, infructuosamente.

El olor a combustible era sofocante, causándole un tos persistente que le quitaba energías. La parte delantera del automóvil estaba irreconocible: era lógico, el tronco estaba partido en dos.

–Jess, Jess, resiste... iré por ayuda... –Sin darse por vencida, June jaló de la puerta, sin conseguir nada positivo. Poco le importaron las astillas clavándosele en las palmas, solo quería sacar a su amiga de allí dentro.

–Co... corre... co... corre... –Jessica le susurró, agotando sus últimas palabras.

–¡No te dejaré aquí!

–Es... estoy... muriendo... sálvate... –dijo en un último suspiro.

June se negó a obedecer y comenzó a gritar de furia e impotencia. Repentinamente, un ruido extraño la puso en alerta; un chisporroteo comenzó a desatar una llamarada en la parte trasera del carro. De no alejarse, su destino sería el mismo que los otros dos ocupantes del vehículo.

Alejándose de la escena y a expensas del dolor de dejar a su compañera, solo pensó en tomar alguno de los bolsos del asiento trasero y escapar lo más rápido que pudiera. Cojeando un poco, avanzó entre los árboles hasta que un estruendo junto a un estallido penetrante para los oídos, la propulsó ligeramente hacia adelante sin lastimarla de consideración.

Tropezando con sus propios miedos e ignorando el dolor en todo su cuerpo, comenzó a correr sin rumbo, esquivando la vegetación circundante y evitando ser vista desde la carretera. Era una fugitiva, sin rumbo y con una condena que debía purgar de por vida.

Vaya situación desventajosa.

Sus sueños de felicidad se esfumaron de golpe, las lágrimas caían sostenidamente sobre sus mejillas y a menudo, se detenía a tomar aire de a bocanadas; la puntada sobre su bazo le impedía continuar la marcha por períodos prolongados de tiempo. Agotada y presa de la conmoción, las piernas le pesaban cien toneladas.

Las llamas a esas alturas eran unas pinceladas anaranjadas sobre el cielo negro y la lluvia, más copiosa, haciendo más difícil su escape.

A trompicones se detuvo bajo un árbol sabiendo que cualquier minuto perdido era tiempo a favor de la policía y, más aún, con un accidente de semejantes dimensiones a la vera de la carretera. Si contaba con la buena fortuna de su lado, el fuego habría dejado todo lo suficientemente irreconocible como para contar con un margen de tiempo que le permitiese pasar la noche en algún sitio y continuar con su fuga al día siguiente.

Los peritos tendrían mucho trabajo por delante hasta dar con los ocupantes del coche y deducir que faltaba una pasajera; la noticia no tardaría en ser portada de los periódicos más importantes de la región y los noticiosos de la primera hora.